

su descarnada y fría mano, y le dijo: "Nunca aprende... Ya está otra vez preparando los trastos de ahorcar. Mala muerte va usted á tener, condenado de Dios, si no se enmienda." Y Torquemada arrojó sobre ella una mirada que resultaba enteramente amarilla, por ser en él de este color lo que en los demás humanos ojos es blanco, y le respondió de esta manera: "Yo hago lo que me da mi santísima gana, so mamarracho, vieja más vieja que la Biblia. Lucido estaría si consultara con tu necedad lo que debo hacer." Contemplando un momento el encerrado de las matemáticas, exhaló un suspiro y prosiguió así: "Si preparo los trastos, eso no es cuenta tuya ni de nadie, que yo me sé cuanto hay que saber de tejas abajo y aún de tejas arriba, ¡puñales! Ya sé que me vas á salir con el materialismo de la misericordia.. A eso te respondo que si buenos memoriales eché, buenas y gordas calabazas me dieron. La misericordia que yo tenga ¡...ñales! que me la claven en la frente."

Madrid, Febrero de 1889.

FIN DE LA NOVELA

EL ARTÍCULO DE FONDO

EL ARTÍCULO DE FONDO

I

“Basta de contemplaciones. Basta de con-
„tubernios. Basta de flaquezas. Ha sonado
„la hora de las energías. Creíamos que los
„hechos, tan claros ya en la mente de todo
„el mundo, se presentarían al fin en su es-
„pantosa gravedad á los ojos del insensato
„poder, que dirige los negocios públicos.
„Juzgando que toda obcecación, por grande
„que sea, ha de tener su límite, creíamos
„que el Gobierno no podría resistir á la evi-
„dencia de su descrédito; creíamos que, de-
„poniendo la terquedad propia de todos los
„poderes que no se apoyan en la opinión,
„se resolvería al fin á entrar por más despe-
„jado y seguro camino, si no consideraba
„como la mejor de las enmiendas el abando-
„nar la vida pública. Esperábamos inquie-
„tos, ante los grandes males que afligen á la

„patria; esperábamos callando, sin dejar de
 „conocer los diarios y cada vez más graves
 „errores de este insensato Gobierno. Hemos
 „esperado hasta lo último, hasta que los es-
 „cándalos han sido intolerables. Hemos ca-
 „llado, mientras el callar no fué gravísima
 „falta. Ya no hay esperanza. Es preciso no
 „ocultar la verdad al país, y nosotros falta-
 „ríamos al primero de nuestros deberes, si
 „un momento más permaneciéramos en esta
 „actitud. Nuestro patriotismo nos impele á
 „obrar de este modo; y como sabemos que la
 „opinión pública es la única...”

Al llegar aquí, el autor del artículo se paró. La inspiración, si así puede decirse, se le había concluído; y como si el esfuerzo hecho para crear los párrafos que anteceden produjera fatiga en su imaginación, se detuvo, con ánimo de proseguir, cuando las varias ideas, que repentinamente y en tropel vinieron á su imaginación, se disiparon.

Era su entendimiento tan pobre, que no hay noticia de que produjera nunca cosas de provecho, pues no han de tenerse por tales sus lucubraciones soporíferas sobre el origen de los poderes públicos y el equilibrio de las fuerzas sociales; era, además de corto, díscolo; porque jamás pudo adquirir ni sombra de

método. Descollaba en las digresiones, y cuando se ocupaba en desarrollar una tesis cualquiera, no había fuerzas humanas que le concretaran al asunto, impidiendo sus escapadas, ya al campo de la historia, ya á la selva de la moral, ya á los vericuetos de la arqueología ó de la numismática. Por todos estos campos, cerros y collados corría complaciente y alborozada la imaginación del autor del *artículo de fondo*, cuando interrumpido el hilo lógico de éste, y olvidado el asunto y desbaratado el plan, ocuparon su mente, apoderándose de ella de un modo atropellado, violento y como de sorpresa, las intrusas ideas de que se ha hecho mérito.

Procedían éstas de todos los objetos, de todas las ilusiones, de todos los recuerdos, de mil fuentes diversas que manaban á un tiempo una corriente sin fin. Vínole al pensamiento no sé qué fragmento de historia, con el cual se unía la imagen de un Obispo de Astorga, tan testarudo clérigo como intrépido soldado. Acordábase de las torres muzárabes que había contemplado en una ciudad antigua, y al mismo tiempo se le ofrecían á la vista lagos y jardines, no sin que de pronto afease este espectáculo algún animal de corpulenta forma y repugnante

fealdad. Tan pronto se le representaban los versos de algún romance que hacía tiempo leyerá en amarillos y arrugados códices, como sentía el rumor de lejána música de órgano, dulcísima y misteriosa.

¡Con cuánto abandono se entrega la imaginación á este cómodo yagar, suelta y libre, sin las trabas del árido razonamiento, sin que una voluntad firme la sujete ni la enfrene para elaborar difícilmente el producto literario, uno, lógico, de forma determinada y con especial contextura! La imaginación del pobre periodista había logrado escaparse en aquellos momentos, cuando el artículo no había pasado aún de su edad infantil, y sólo contaba escaso número de renglones. La imaginación del menguado escritor, después de correr de aquí para allí, con la alborozada inquietud de un pájaro que viendo rotas las cañas de su jaula, se escapa y vuela á todas partes sin fijarse en ninguna, se concretó al fin, se fijó, se regularizó poco á poco.

De entre los escasos renglones del artículo interrumpido poco después de haberse dado á luz su primera idea, surgen las líneas, las sombras y luces de una inmensa catedral gótica. Crecen sus haces de colum-

nas, teñidas de suave matiz pardo, hasta llegar á enorme altura, desparramándose después los retorcidos tallos para formar las bóvedas. Descienden del techo, cual si estuvieran suspendidas de elásticas y casi invisibles cuerdas, lámparas de oro, cuyas luces oscilantes no bastan á eclipsar el diáfano colorido de las vidrieras, que llenas de santos y figuras resplandecientes, parecen comunicar con el cielo el interior del templo. Mil figuras van destacándose en la pared, como si una mano invisible las tallara en la piedra con sobrenatural prontitud, y lozana flora crece portentosamente á lo largo de las columnas, llevando en sus cálices animales grotescos é inverosímiles, que parecen haber sido producidos por ignorado germen en las entrañas mismas de la piedra. Las estatuas aplastadas sobre los muros se multiplican, aparecen en filas, en series, en ciclos sin fin, y son todas rígidas, tiesas, retratando en sus semblantes el fastidio del Limbo ó la placidez del Paraíso. Alternan con ellas los seres simbólicos creados por la estatuaria cristiana, y que parecen engendro sacrilego del paganismo y la teología. Los dragones, las sibilas, los mónstruos bíblicos que para representar sutiles abstracciones

ideó el genio de la Edad Media, refundiendo los despojos de las sirenas y los centauros antiguos, muestran sus heterogéneos miembros, en que la figura humana se une á las más raras formas de la fantástica zoología, ya religiosa, ya heráldica, inventada por embriagados escultores. Véanse en las paredes blasones de brillantes tintas, sobre suntuosos sepulcros, en que duermen el sueño del mármol arzobispos y condestables, príncipes y guerreros, empuñando báculos ó espadas. Los perros y leoncillos en que apoyan sus piés parecen prestar atento oído á todo rumor que en el templo suena. Resplandece en el fondo el estofado riquísimo del altar, semejante á inmensa ascua de oro, cuajada de diminutos ángeles y querubes, que aletean quemándose en el seno de aquella nube incandescente, y como si la combustión les diera vida. Graves y barbudos santos, alineados con la compostura propia de los círculos celestes, aparecen en el centro de este gran Apocalipsis de madera dorada, terminando tan portentosa máquina un Cristo colosal, cuyos brazos, que se abren contraídos por los dolores corporales, parece van á estrechar en supremo abrazo á todo el linaje humano.

Se sienten rezos tennes y confusos, no interrumpidos por pausa alguna, como si la atmósfera interior del edificio, afectada de una vibración inherente á su esencia física, modulara un monólogo sin fin. Todo es calma y respeto. La claridad, las sombras, las formas esculturales, la gallardía de las líneas, el recóndito sonido que se creería producido por la oscilación de la masa arquitectónica; aquel sonido, que hace pensar en la respiración de algún misterioso espíritu, habitante en las grandes cavidades de piedra; la variedad de objetos, la majestad de los sepulcros, el idealismo de los efectos de luz, todo esto produce estupor y recogimiento. Se piensa en Dios y se trata de medir la inmensidad de la idea que ha dado existencia á tan hermoso conjunto; se siente la más grande admiración hacia los tiempos que tuvieron fé, corazón y arte para expresar con símbolos inagotables su arraigada creencia...

Hallábase el menguado autor como en éxtasis, contemplando en su mente estas hermosuras del arte y de la fé, cuando un ruido de pasos primero, y la inusitada aparición de un hombre después, le trajeron bruscamente á la realidad, haciéndole fijar

la vista en las cuartillas del artículo de fondo que olvidado yacía sobre la mesa.

El sér que tenía delante era un mónstruo, un vestiglo. Aborrecíale en aquellos momentos más que si viniera á darle la muerte, y le inspiraba más pavor que si fuese Satanás en persona. El mónstruo miró al autor de un modo que le hizo temblar; alargó la mano pronunciando palabras que aterraron al infeliz, cual si fueran anatemas de la Iglesia ó sentencia de inquisidores. Estremecióse en su asiento, erizósele el cabello y miró con angustia y bañado en sudor frío las incorrectas líneas del interrumpido articulejo.

II

Aquel vestiglo, ó en otros términos, pedazo de bárbaro, venía cubierto de sudor, como si hubiese hecho una larga y precipitada carrera; y lo mismo su cara que su andrajosa y mugrienta ropa parecían teñidas de un ligero barníz oscuro. La tinta manaba de sus poros. Se diferenciaba de un carbonero en que su tizne era más consistente y como si le saliera de dentro. Enteramente igual á un ciclope, si no tuviera dos ojos,

era el tal una de las más poderosas palancas de la civilización moderna; porque había recibido de la Providencia la alta misión de mover el manubrio de una máquina de imprimir, que daba á luz diariamente millones de millones de palabras. Viviendo la mayor parte del día en el sótano donde la máquina civilizadora funciona, aquel hombre se había identificado con ella; formaba parte de su mecanismo; y la armazón ingeniosa, pero inerte, obra pura de las matemáticas, se convertía en sér inteligente cuando al impulso del mónstruo movía sus ruedas, ejes y cilindros como si fueran órganos animados por recóndita vida. Ambos se entusiasmaban, se confundían; ella crugiendo convulsamente y con acompasada celeridad; él, jadeante y lleno de sudor, describiendo curvas y más curvas con su brazo; ella recibiendo el papel para lanzarle fuera después de haber extendido en su superficie un mundo de ideas, y él entonando algún cantar para hacer más llevadero su trabajo. Horas y horas pasaban de este modo: la máquina, remedo de la naturaleza, reproduciendo en millones de ejemplares un mismo tipo y una misma forma; el hombre determinando la fuerza impulsora, semejante al sopro vital en los organis-

mos animales. Cuando uno y otro se completaban de aquel modo, difícil era suponerlos desunidos; y después de admirar el pasmoso resultado de la combinación de los dos elementos, no habría sido fácil tampoco decir cuál de los dos era más inteligente.

Pero aquel hombre desempeñaba aún otras altas funciones igualmente encaminadas á la propagación de las luces. ¿Qué sería del pensamiento humano si aquel bruto no tuviera la misión de arreglar la tinta de imprimir, haciéndola más espesa ó más clara según la intensidad que se quiera dar á la impresión? Cuando los ejemplares de los periódicos habían sido dados á luz por la máquina; cuando ésta se paraba fatigada del alumbramiento y hacía rechinar sus tornillos como si le dolieran; cuando los ejemplares recién nacidos, húmedos, pegajosos y mal olientes, eran apilados sobre una gran mesa, el vestiglo los doblaba cariñosamente, les ponía las fajas, les daba la forma con que circulan por toda la redondez de la tierra, llevando la idea á las más apartadas regiones, vivificando cuanto existe; los transportaba al correo, los pesaba, los franqueaba, tratábalos con el cariño de un padre y creía que él solo era autor de tanta maravilla.

No se limitaban á esto sus funciones; él pegaba carteles, complaciéndose sobremedera en vestir de colorines las esquinas de Madrid, coadyuvando de este modo á una de las grandes cosas de nuestro siglo, que es la publicidad. Y si tenía un arte especial para poner cataplasmas á las calles, no era menor su aptitud para echarse á cuestras enormes resmas de papel, que allá en su fuero interno consideraba como el alimento, pienso ó forraje de la máquina. Pues, digo, también era insustituible para cargar moldes ó formas que llenas de letras desafiaban los puños de los hombres más vigorosos; y además le destinaban á traer y llevar original y pruebas, misión que cumplía puntualmente al presentarse ante el joven autor de quien hablo, y decirle que venía *á por el artículo*, añadiendo que hacía mucha falta por estar parados y mano sobre mano los señores cajistas.

El apuro del autor no es para pintarse, y ved aquí explicado el horror, la indignación, los escalofríos y trasudores que la presencia del mocetón de la imprenta le produjo. Era preciso acabar el artículo, y antes de acabarlo, era menester seguirlo, empresa de dificultad colosal, por hallarse la imaginación del

escritor sin ventura á cien mil leguas del asunto. El desdichado mandó al mozo que volviera dentro de un breve rato; tomó la pluma, y recogiendo sus ideas lo mejor que pudo, después de trazar muchos garabatos en un papelejo, y mirar al techo cuatro veces y al papel otras tantas, escribió lo siguiente:

“... Y como sabemos que la opinión pública es la única norma de la política; como sabemos que los Gobiernos que no se guían por la opinión pública elaboran su propia ruína con la ruína del país, nos decidimos hoy á alzar nuestra voz para indicar el peligro. El principal error del Gobierno, preciso es decirlo muy alto, es su empeño en destruir nuestras instituciones tradicionales, en realizar una *abolición completa de lo pasado*. ¿Son las conquistas de la civilización incompatibles con la historia? ¡Ah! El Gobierno se esfuerza en extirpar los restos de la fe de nuestros padres, de aquella fe poderosa, de que vemos exacta expresión en las soberbias catedrales de la Edad media, que subsisten y subsistirán para asombro de las generaciones. ¡Mezquina edad presente! ¡Ah! ¡Cómo se engrandece el ánimo al contemplar las prodigiosas obras que levantó

„el sentimiento religioso! ¿El espíritu que de tal manera se reproduce no debe conservarse en la sociedad, mediante la acción previsorá de los Gobiernos encargados de velar por los grandes y eternos principios?”

No bien concluido este párrafo, que á nuestro autor le pareció de perlas, fué interrumpido por un tremendo golpe que sintió en el hombro. Alzó los ojos, y vió ¡cielos! á un importuno amigo que tenía la mala costumbre de insinuarse dando grandes espaldarazos y pellizcos.

Aunque el periodista tenía bastante intimidad con el recién venido, en aquel momento le fué más antipático que si viera en él á un alguacil encargado de prenderle. Le miró apartando la vista del artículo, nuevamente interrumpido, y esperó con paciencia las palabras de su amigote.

III

El cual era en extremo pesado, y tenía un mirar tan parecido á la estupefacción inalterable de las estátuas, que al verle y oírle venían á la memoria los solemnes discursos de las esfinges ó los augurios de cualquier oráculo ó pitonisa. Hablaba en voz

baja y en tono algo cavernoso, lo que no dejaba de estar en armonía con la amarilléz de su semblante y con los cabellos largos que á entrambos lados de la cabeza le caían. Era además tan lúgubre en su carácter y en sus costumbres, que no faltaba razón á los que habían dado en llamarle el *sepulturero*.

Con el desdichado autor de quien nos venimos ocupando, tenía este hombre amistad antigua: ambos habían corrido juntos multitud de aventuras, y sin separarse navegaron por los revueltos golfos del periodismo hasta encallar en los arrecifes de una oficina, de donde no tardó en arrojarlos un cambio ministerial, y se embarcaron de nuevo en la prensa en busca de posición social. Comunicábanse sus desgracias y placeres, partiendo unos y otros fraternalmente, y se ayudaban en sus respectivas crisis financieras, haciéndose mútuos empréstitos, y girando el uno contra el otro cuantiosas letras, á pagar noventa días después del juicio final. El lúgubre, principalmente, era un gran ministro de Hacienda y resolvía todos sus apuros por medio de grandes acometidas al bolsillo del joven escritor, que tenía entre otras cualidades la de despreciar las vanas riquezas.

En cambio de estos servicios, el *sepulturero* ayudaba en sus amores al escritor, que era por extremo sensible, idealista de la clase más anticuada, si bien esto se compensaba por su habilidad en escribir billetes amorosos, manifestación literaria á que sólo sus artículos políticos podían igualarse. También se consagraba el otro á tales entretenimientos; pero en su calidad de gran financiero, jamás le pasó por las mientes, como al escritorcillo, la insensata idea de casarse.

—Vengo á ponerte sobre aviso—dijo con su hueca, apagada y profunda voz el lúgubre.—Ha llegado.

Los dos amigos eran asíduos concurrentes á la ópera, y solían amenizar sus conversaciones con los cantos y romanzas de que tenían llena la cabeza; y á veces, cuando en el diálogo encajaba bien, soltaban algún recitativo. Por eso cuando el lúgubre dijo: *Ha venido*, el periodista cantó con afectación de sobresalto:

—*L'incognito amante della Rossina?*

—*Apunto quello*—contestó el otro.

—¡Qué contrariedad! ¿Pues no decían que ese hombre no vendría; que había ya renunciado á sus proyectos de matrimonio? ¿No

estaban, lo mismo Juanita que su madre, convencidas de que la familia de ese gagná-piro no podía consentir en semejante boda?

—Ahí verás. El se ha escapado de su casa y dice que viene resuelto á dar su blanca mano. Ya sabes que la pécora de doña Lorenza bebe los vientos por atraparle; porque parece ha de heredar, cuando muera su tía, el título de marqués de los Cuatro Vientos. Es rico: doña Lorenza sabe de memoria el número de carneros, bueyes y asnos que posee en sus dehesas *il tuo rivale*, y está loca de contento. Si no casa á su hija con él, creo que revienta.

—¡Pero Juanita, Juanita!—exclamó el escritor, mirando al techo.—Juanita no puede ceder á las despóticas exigencias de esa tarasca de su madre.

—*La ragazza* te quiere; pero si su madre se emperrea en que no, y que no... Yo creo que de esta vez te quedas con tres palmos de narices. Cuando todas las contrariedades estaban allanadas, viene ese antiguo pretendiente, que si no agrada á la hija, agrada á la mamá, y esto basta. ¡*Poverino!*

—¡Quita allá!... yo no lo puedo creer. La chica se resistirá; ha jurado no tener más esposo que yo.

—Sí. Pero tanto la sermonean... La madre es una rata de iglesia; frecuentan su casa, como sabes, multitud de clérigos que, según dicen, le tienen trastornado el juicio. Le han llevado el cuento de que tú eres un revolucionario impío, que insultas á Dios y á la Virgen en tus artículos; que estás excomulgado, y que debes de tener rabo, como los judíos. Doña Lorenza, que oye siete misas al día y se confiesa dos veces por semana, te detesta como si fueras el mismo Judas. Ella infundirá este odio á su niña, haciéndole creer que eres descendiente de Caifás, y que se va á condenar si se casa contigo.

—¡Monstruoso, inconcebible!

—Esa familia, chico, es la madriguera del obscurantismo. ¡Qué rancias ideas y costumbres! En vano un espíritu fuerte, como Juanita, se esfuerza en romper los nudos de la tutela estúpida con que se la quiere oprimir. Tendrá que dejarte, y se casará con ese alcornoque, á quien los clérigos y beatas que pululan en aquella casa, elogian sin cesar, encomiando sus virtudes, su religiosidad, su grande amor á la causa carlista y sus inmensos ganados.

—¡Maldito sea el fariseísmo!—exclamó el otro, indignado contra la teocracia que así

se introduce en el seno de las familias para torcer los más nobles propósitos y amoldarlos á fines mundanos.

Desahogaba su ira en furibundos apóstrofes, anatemas y dieterios, golpeando la mesa, lívido y descompuesto, cuando sintióse ruido de pasos y apareció la fatídica estampa del mozo de la imprenta, que volvía en busca del comenzado fondo.

—El artículo!—suspiró nuestro escritor, echando mano á las cuartillas, mojando la pluma con detestable humor y echando pestes contra todos los periódicos y todos los clérigos del orbe.

Pasados algunos segundos, pudo fijar sus ideas, y continuó su interrumpida obra del modo siguiente:

“Meditemos. Si bien es cierto que el Gobierno tiene la misión de velar por la conservación y prestigio de los principios morales y religiosos, también está fuera de toda duda que el más grave error en que pueden incurrir los poderes públicos es apegarse demasiado á las instituciones pasadas, protegiendo la teocracia y permitiendo que los apóstoles del obscurantismo extiendan su hipócrita y solapado dominio á toda la sociedad. ¡Oh! la más espantosa

„lepra de las naciones es esa masonería clerical, que, ansiando allegar para su causa mundana toda clase de recursos, no vacila en apoderarse de la voluntad de mujeres in-doctas y timidas para entronizarse mañosamente en las familias, organizarlas á su manera, intervenir en sus actos más secretos, atar y desatar sus vínculos, y crear de este modo un influjo universal que, á poco de extendido, no podrá destruirse sino con una sangrienta hecatombe. ¡Ah! ¡oh! ¡les conocemos bien!

„¿No es notorio para todo el mundo que el actual gabinete, lejos de oponerse á tan grave mal, hace cuanto está en su mano para que tome proporciones? ¿No estamos viendo que los órganos del obscurantismo aplauden todos los actos del Gobierno, y que existe un pacto tácito entre la teocracia y el poder, una comunidad de aspiraciones tal, que parecen confundirse los poderes eclesiástico y civil, cual si viviéramos en los tiempos del más brutal absolutismo? ¡Ah! ¡Es preciso ya decir la verdad al país! ¡Oh! ¡Es preciso hablar muy alto y poner las cosas en su lugar, exigiendo la responsabilidad á quien realmente la tenga!

Aquí se paró el escritor, mil veces des-

dichado, porque se le acabaron las ideas; y no pudo *decir la verdad al país*, porque su imaginación no se apartaba de Juanita, de la impertinente y mogigata mamá, de los clerizontes y monagos que influían en la casa, de los carneros, bueyes, cabras y asnos del futuro marqués de los Cuatro Vientos.

IV

Aprovechándose de este intermedio, trató el lúgubre de entablar de nuevo el con-sabido palique.

—Pero la situación no es desesperada—dijo.—Con ingenio puedes vencer y dejar á ese señor de las vacas y carneros con un palmo de boca abierta.

—Si yo pudiera... *Le mie nozze colei meglio é affretare.*

—*Io dentr'oggi á finir vo questo affare...* Mira; tengo un plan... ¿Sabes que me comprometería á arreglar el asunto empleando ciertos medios...?

—A ver, ¿qué plan, qué medios son esos? Cualesquiera que sean, ponlos en práctica inmediatamente. Tú eres hombre de ingenio.

—Pero no basta el ingenio—dijo el lúg-

bre.—Para ello es preciso otra cosa... es necesario dinero.

—¡Dinero! *¡Dovizie!* ¿Pero qué papel va á hacer aquí el dichoso dinero?

—Eso lo veremos. Es un plan vasto y difícil de explicar ahora.

—¿Pero se trata de raptos, escalamientos, sobornos? Todo eso está muy bien en las novelas de á cuarto la entrega.

—No es nada de eso. Tú has de ser el principal actor en esta trama que preparo... Es preciso que me des *guita* y te sometás á cuanto yo te mande.

—En cuanto á lo segundo, no veo inconveniente ninguno: lo primero es mucho más difícil, por una razón muy sencilla...

—Si no se tiene, se busca.

—¡Se busca! *¿e dove, sciaurato?* Pero explícame tus planes... Ya me figuro... ¿Quieres hacerme pasar por rico...? Hombre, tiene gracia.

—Tú dame el *cumquibus* y cállate. No es preciso mucho: basta con unos cuantos miles de reales, cinco ó seis mil.

—¡Cinco ó seis mil! ¡Anda, anda! ¡Si tú supieras cuál es la situación del tesoro! Chico, yo pensaba pedirte para una cajetilla.

—Pero hombre, busca bien,—dijo el gran